

y en segundo lugar porque tampoco existe entrabe entre aquello y lo actual. Siendo la misma la razón de ser de ambas, la efectividad es *otra* en la actualidad porque es otro su contenido, bien que sea el mismo su significado y alcance.

Antes, como es sabido, las procesiones eran dos: la del jueves y la del viernes santo. Asimismo, había la del Santo Hospital: de carácter penitencial, poco concurrida por cierto, pero muy tocante por su propia sencillez centrada en el hermoso Nazareno con la cruz a cuestas, que era el único paso, o *misteri*, de la misma. La precedía una musiquita de instrumentos de viento mediante los cuales tres músicos sacaban unos simples acordes melódicos que rezumaban piedad y sentimiento. El Nazareno, al impulso de los pasos *dels portants del misteri*, tenía todo el aire y movimiento de un andar lento y cansado bajo el peso de la Cruz...

Ignoro por qué se suprimió esta humilde procesión. Posiblemente, constituía una de las reviviscencias más fieles y sugestivas de la pasión del Señor. Su piadosa y hermosísima imagen, revestida de una túnica morada, infundía, en la tarde del viernes santo (la procesión se celebraba en esa tarde), un tono de gravedad y de dulzura que los que los hemos catado, en la infancia, los echamos en falta.

Dos puntos neurálgicos tenían las antiguas procesiones del jueves y viernes santo: el Cristo crucificado de *La Passió i Mort* y *El Crist de la Puríssima Sang*. Con referencia a sus tallas, éstas



eran de una nobleza difícilmente superada y de un dramatismo único. ¿Por qué no se tallan ahora imágenes como antaño?

Bajo las banderas respectivas, o sea, bajo el auspicio de sus respectivas congregaciones —o cofradías, como se dice ahora— la *Passió i Mort* y la *Puríssima Sang* contaban con los afectos de la ciudad entera. Puede afirmarse que toda la tradición religiosa ciudadana se compendia en ellas. Los *portants* de estas imágenes eran personas vinculadas de padres a hijos al amor y culto de *su* Cristo y el ejercicio de su “portantía” constituía un diploma de honor para todos ellos. A las del morir, todos iban al santo suelo con sus cadáveres revestidos con la túnica de *portant*.

Por mis largas ausencias de la ciudad, ignoro si al presente estas cosas siguen igual. Es de suponer que así sea. ¿Por qué no?

Cuanto a los “Sepulcros”, no eran los antiguos de la suntuosidad del actual y único; pero yo no sabría decir ni precisar en términos de escritura, la condición emocional que ellos tenían, por su simplicidad precisamente. Lo mejor de mi vida afectiva religiosa gira aún en torno *d'aquells Sepulcres*, donde el Cristo yacente, de tan divino me parecía humano, humanísimo y asequible...

Indudablemente que todos llevamos dentro “el mundo de nuestra niñez” y que, al conjuro de este mundo feliz y distante, saltan la flor y nata de los recuerdos (que es lo que me está sucediendo mientras redacto estas notas); y es al calor de estos recuerdos que uno revive y actua-